

Antonio Pizza

It is by no means a coincidence that L. Quaroni's book, *La Torre di Babele* (1967), should begin with a quotation from H. Miller: "Confusion is a word invented to indicate an order that no one understands".

"Confusion": a key word that contains the meaning of the reality in which we live; "order": the need to interpose between ourselves and our environment a rational scheme by which we may understand differences.

Continuing with the same book, L. Quaroni states that "The architect tends, by nature and by professional mistraiding, to want to control whole cities as if they were a single building. However, the mythical Tower of Babel—as we all know—was never completed". It is in the dialectics between analysis and action, between knowledge and intervention, between awareness of chaos and responsibility for transformation, that we can recognise the value of the personal contribution of this Roman architect. "Modern" insofar as he rejects any diachronicity between thought and project activity; and "up-to-date" because he bases the principle of one's own *operari* on the ability to recognise contemporary contradictions.

A man of culture, rather than an architect in the strictly academic sense, Quaroni always worked to overcome the traditional limits of the discipline and lived intensely the problems of his "historical being". "Knowledge" and "participation" were his two ethical imperatives and his unwavering objective was to build the hope for a better future through the pessimism of reason.

In this case we do not find ourselves faced with an area of metaphysical, and occasionally violently passionate or arbitrary, uncertainty, which we denote by the concept of "ideology"; on the contrary, we are situated in a phase of thought, constructed by means of rationally controllable scaffolding, which we call "methodology". Ideology and methodology are two possible replies to the world of events which we attempt to modify; one is satisfied through "ideas", often conceived and applied according to a singular tension bordering on purity and perfection, but which may also lose through the defect of inefficiency when it comes to drawing up projects; by contrast the other is firmly channeled by the confines of "method", a programmatical compromise that is concerned precisely with transferring ideas to the world of real things.

If he who works above all following a methodological plan is he who suffers most from the attacks of reality, since he

No resulta en absoluto casual que L. Quaroni pusiera como introducción a su libro, *La Torre di Babele* (1967), una cita de H. Miller: «Confusión es una palabra inventada para indicar un orden que no se entiende».

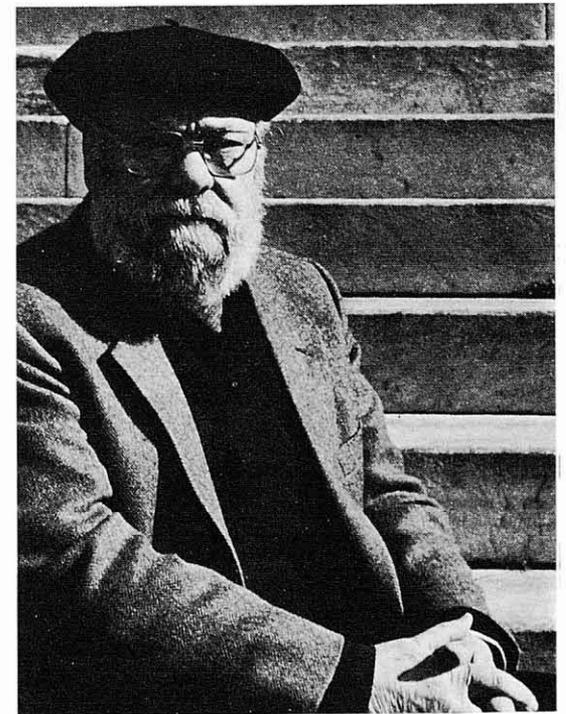
«Confusión» como palabra clave que encierra el sentido de la realidad en la que vivimos; «orden» como necesidad de interponer entre nosotros y este ambiente de vida un esquema racional de comprensión de las diferencias.

Siguiendo con el mismo libro, L. Quaroni afirma: «El arquitecto tiende por su naturaleza, y por deformación profesional, al control total de la ciudad, como si esta fuera un sólo edificio. Pero la mítica Torre de Babel — como sabemos— no llegó nunca a su terminación.» En la dialéctica entre el análisis y la acción, entre el conocimiento y la intervención, entre la conciencia del caos y la responsabilidad de la transformación, podemos reconocer toda la aportación personal de este arquitecto romano. «Moderno» en la medida en que rechaza cualquier diacronismo entre pensamiento y actividad proyectual, y «actual» porque fundamenta el principio del propio *operari* en el reconocimiento de las contradicciones contemporáneas.

Hombre de cultura, más que arquitecto en el sentido académico del término, constantemente encaminado hacia la superación

de los límites tradicionales de la disciplina, y que ha vivido problemáticamente su «ser historia»; «conocer» y «participar» han sido sus imperativos éticos, con el objetivo constantemente perseguido de construir la esperanza de un futuro mejor a través del pesimismo de la razón.

En este caso no nos encontramos frente a aquella área de incertidumbre metafísica, y a veces violentamente pasional o arbitraria, que denotamos con la noción de «ideología»; al contrario, nos situamos en una fase del pensamiento, edificada según andamios racionalmente controlables, a la que llamamos «metodología». Ideología y metodología representan dos posibles respuestas al



mundo de los hechos hacia el que nos dirigimos con intentos de modificación; una se cumple por medio de las «ideas», a menudo elaboradas y aplicadas según una peculiar tensión que roza pureza y perfección, pero que puede también resultar perdedora por un vicio de ineficacia proyectual; la otra, en cambio, se encauza en las tramas del «método», forma de compromiso programática, que se ocupa justo de la transferencia de las ideas al mundo de las cosas.

Si quien trabaja sobre todo con un planteamiento metodológico es quien mayormente sufre los ataques de la realidad, por tenerse que adecuar críticamente a ella sin ninguna defensa apriorística, de eso derivará el carácter absolutamente intrincado y desprovisto de resoluciones definitivas, típico de las personalidades que se sumergen en los conflictos contingentes.

B. Zevi, ya en 1956, realizó una precisa y admirable descripción de L. Quaroni:

*«La aventura de Quaroni es compleja, retorcida, contradictoria, dramática. Quaroni no vive apartado y perplejo en la solitaria Venecia (aquí Zevi se refiere, con toda evidencia, a C. Scarpa); él sufre la angustia del barullo y de la corrupción romana, está en contacto directo con una realidad normalmente mezquina, a menudo repugnante. Descontento de la sociedad en la que se mueve, de sí mismo y de los otros, busca atormentadamente nuevas verdades en las cosas y en los hombres; las descarna y las desnuda para experimentar ulteriores decepciones que constituirán la matriz*

*de su renovación psicológica. Un hombre que, arriesgando su serenidad y aceptando equivocarse, busca, hasta el extremo desgarro psicológico, participar y entender.»*

Experimentación, atrevimiento, espíritu innovador, aceptación del riesgo del error, función constructiva de la autocrítica, conllevan aquel amargo sabor de frustración derivado del ver que la realidad no reacciona como se quisiera a nuestras propuestas de transformación. De eso procede cierto pesimismo fatalista (además de racional; o, en ciertas situaciones históricas, fatalista, precisamente por racional) característico, por ejemplo, del último Quaroni.

Una vez disuelto el cuadro cultural en el que cómodamente descansa la ortodoxia de las profesiones, negada y traspuesta en el terreno experimental, se introduce críticamente el virus de la herejía gnoseológica: no sólo arquitecto, sino también historiador, periodista, urbanista, sociólogo, filósofo, etcétera; en una palabra, hombre de acción, encaminado con radicalidad hacia el cumplimiento esperado de sus hipótesis de trabajo orientadas al interés colectivo.

Una aproximación metodológica rehúsa por principio cualquier fijación de valores, jugando exactamente con el grado de incidencia en la realidad material sobre la flexibilidad reproductiva. En la construcción de sistemas metodológicos, los principios que se establecen están en función de la misma capacidad de uso, y son absolutamente mudables o superables cuando se llega a demos-

has to adjust himself critically to it without any *a priori* defense, it is from this that the complex character will derive that is absolutely devoid of definitive resolutions, typical of those personalities engaged in contingent conflicts.

In 1956 B. Zevi gave a precise, admirable description of L. Quaroni: "*Quaroni's adventure is complex, involved, contradictory and dramatic. Quaroni does not live isolated and perplexed in the solitude of Venice (here Zevi clearly refers to C. Scarpa); he suffers the anguish of Roman bustle and corruption; he is in direct contact with a normally paltry, often repulsive, reality. Dissatisfied with the society in which he lives, with himself and with others, he searches desperately for new truths in things and in men; he strips and reveals them in order to experiment with final deceptions that will constitute the matrix of his psychological rebirth. A man who, risking his own equilibrium and accepting his own mistakes, pushes his search to psychological limits in order to participate and understand.*"

Experimentation, daring, an innovative spirit, acceptance of the risk of error, and the constructive function of self-criticism: all these lead to that bitter taste of frustration produced when one sees that reality does not react as one hoped to our proposals of transformation. From this stems a certain fatalistic pessimism (besides being rational or, in certain historical situations, fatalistic precisely because it is rational) characteristic, for example, of Quaroni's later years.

Once the cultural framework has been dissolved in which the comfortable orthodoxy of professions can rest, once these very orthodoxies have been rejected and transposed to totally experimental levels, the virus of gnostic heresies is critically introduced: not only architects, but also historians, journalists, town planners, sociologists and philosophers, in other words, men of action who work radically towards the hoped-for realisation of their hypotheses for the furtherance of the common good.

A methodological approach rejects, out of principle, any fixed system of values; indeed it plays with the very reproductive flexibility of the degree of incidence in material reality. In the construction of methodological systems, the principles established are subordinate to their very utility and can be changed or replaced when their uselessness becomes apparent. They are not, therefore, the determination of permanent truths, but rather confrontation with and reasoned adjustment to a reality in objective transformation.

Critical realism, methodical doubt, passionate analysis of the mechanisms of reality, awareness of the profession as an activity devoted to the consideration of problems concerning the collectivity, a congruent eclecticism based not on fashions but rather on the constant obligation to set limits to values and instruments, acceptance of the city as a privileged te-

rrain for intervention, confidence in the intellectual role and in a future that may one day confer upon us the responsibility of transforming mere events into history: these are the major considerations that were to concern Quaroni until the end of his days.

Finally I believe that the homage we owe him cannot overlook one of the most intense and elucidating programmes written by him on the occasion of a lecture given in 1967, under the title of "L'architettura della città":

*"I believe in Utopia, when it has the power to push reality forwards, to raise it up from the conditions of stupid misery of everyday things. For I believe in the immense, material and moral value of reality, when it is an acceptable reality, and I do not believe in the value of inward-looking dreams which, at times, are cast even against reality.*

*I believe in progress as the choice made a long time ago by the creators of Western culture, against whom it is harmful to us since we cannot go back in time.*

*I believe in problematics as the origin and manifestation of cultural energies capable of achieving progress, just as I believe in the need for experimentation in every field.*

*I believe in the city as the medium of mass communication, as the "field" in which many signs are crossed.*

*I believe in the Metropolis of tomorrow. We do not know what it will be like, but it will surely be marvellous, tremendous, overwhelming and sweet.*

*I believe in the moral value of life in the cities, with all its dangers and misery, and I believe in the action of those town planners who would have cities of limited dimensions and who would perpetuate our present way of life to be stupid, useless and harmful.*

*I believe in the force of culture and in its value as the source from which only beauty and good, usefulness and pleasantness can spring.*

*I believe in the city as a work of art, a work of art which is a spatial, figurative structure in constant transformation.*

*I believe in territorial planning, in town planning, but I believe above all in architecture because I believe in form, in the need for form, in the usefulness of form, in its social value. For the world needs beauty, the will to create beauty: I do not believe that what is useful, what functions, what is technologically perfect is beautiful; but rather*

trar su inutilidad: no determinación de verdades estables, sino confrontación y adecuación razonada a lo que objetivamente se transforma.

Realismo crítico, duda metódica, análisis pasional de los mecanismos de la realidad, conciencia de la profesión como de una actividad ocupada en considerar los problemas de la colectividad, consecuente eclecticismo que no se debe a modas sino a la obligación de acotar continuamente valores e instrumentos, aceptación de la ciudad como terreno privilegiado de intervención, confianza en la propia misión intelectual y en un futuro que pueda llegar a responsabilizarnos del papel de transformadores del evento en historia; son estos los puntos más destacados que acompañarán a Quaroni hasta sus últimos días.

Y, finalmente, me parece que el necesario homenaje que le debemos no puede olvidar uno de los programas más intensos y aclaradores por él redactados en ocasión de una conferencia del 1967, que lleva por título «L'architettura della città»:

*«Yo creo en la utopía, cuando tiene el poder de empujar para adelante la realidad, de levantarla de las condiciones de estúpida tristeza de las cosas de todos los días. Porque creo en el valor inmenso, material y moral de la realidad, cuando es una realidad aceptable, y no creo en el valor de los sueños ensimismados, que incluso a veces son arrojados contra la realidad.*

*«Creo en el progreso como elección hecha desde hace mucho tiempo por los progenitores*

*de la cultura occidental, y luchar contra él resulta dañoso sólo para nosotros puesto que no podemos volver para atrás.*

*»Creo en la problemática como origen y manifestación de las energías culturales que son capaces de realizar el progreso, como creo en la necesidad de la experimentación en cada campo.*

*»Creo en la ciudad como medio de comunicación de masas, como «campo» en el que se cruzan muchos signos.*

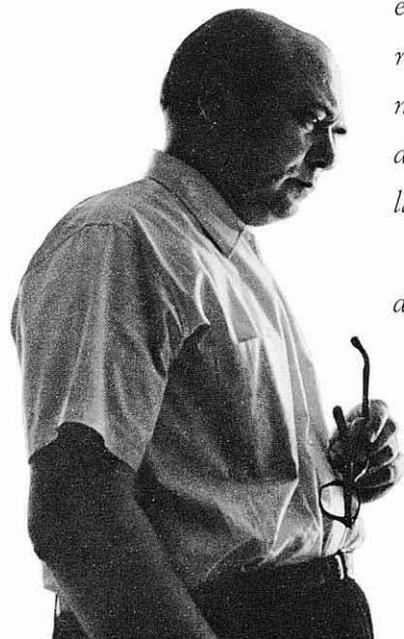
*»Creo en la Metrópoli de mañana que no sabemos como será, pero seguramente maravillosa, tremenda, arrolladora y dulcísima.*

*»Creo en el valor moral de la vida en las ciudades, con todos sus peligros y sus miserias, y creo estúpida, inútil y dañosa, la acción de los urbanistas que desearían ciudades de dimensiones limitadas y la perpetuación del actual sistema de vida.*

*»Creo en la fuerza de la cultura y en su valor de germen y de fermento, de ella sólo puede nacer lo bueno y lo bello, lo útil y lo agradable.*

*»Creo en la ciudad como obra de arte, una obra de arte que es una estructura figurativa espacial en constante transformación.*

*»Creo en la planificación territorial, en el urbanismo, pero creo sobre todo en la arquitectura porque creo en la forma, en la necesidad de la forma, en la utilidad de la forma, en su valor social. Porque hace falta para el mundo la belleza, una voluntad de belleza: no creo que sea bello lo que es útil, lo que funciona, lo que es tecnológicamente perfecto, sino*



que es útil lo que es bello, y debe ser tecnológicamente perfecto para existir.

»Creo pues en las posibilidades de la tecnología.

»Creo que el arquitecto tiende a la obra de arte: a una obra cerrada, acabada, perfecta, toda suya: al monumento. Pero creo en la necesidad, hoy, de una ruptura de esta entereza, de este carácter cerrado, de esta perfección, y

creo en la posibilidad de la obra abierta, infinita y mudable en el tiempo. Creo en un monumento vivo, porque creo que nuestra capacidad de percepción, el modo mismo de percibir, y no sólo la distinta educación de las velocidades de movimiento, ya han cambiado y, en consecuencia, creo posibles unos nuevos aspectos para la ciudad arquitectónica, a los que hoy ni siquiera sabríamos aludir.»

that what is beautiful is useful, and must be technologically perfect to exist.

I believe, therefore, in the possibilities of technology.

I believe that architecture tends towards the work of art: towards a closed, finished, perfect work, its very self: the monument. But I believe that today what is needed is a rupture of this entirety, of this closed character, of this perfection, and I believe in the possibility of open works that are infinite and changeable with the passing of time. I believe in a living monument because I believe that our capacity to perceive, our very way of perceiving, and not only the different education of the speed of movement, have become changed in us, and for this reason I believe in the possibility for new aspects of the architectural city, to which as yet we cannot even allude."

## BONAVENTURA BASSEGODA I MUSTÉ (1896-1987) ● BONAVENTURA BASSEGODA I MUSTÉ (1896-1987)

Manuel de Solà Morales i de Rosselló

El día 29 de marzo de 1987 murió en la paz del Señor el doctor Bonaventura Bassegoda i Musté —eximio arquitecto y maestro de arquitectos— a la edad de 90 años y ocho meses. Nacido el 3 de junio de 1896, fue uno de los punteros de la estirpe de los Bassegoda. Era hijo de Bonaventura Bassegoda i Amigó, arquitecto y académico de las Reales de Bellas Artes de Buenas Letras, y correspondiente de la de San Fernando de Madrid; sobrino de Joaquim Bassegoda i Amigó, también arquitecto y Catedrático y Director de la Escuela de Arquitectura; hermano del arquitecto Pere Jordi, y padre de los arquitectos Bonaventura y Joan Bassegoda i Nonell, ambos en activo. El maestro Bonaventura Bassegoda i Musté ocupa un lugar destaca-

do en la arquitectura catalana de este siglo.

Arquitecto cabal, científico profundo (a los veintiseis años ya era doctor *cum laude* en Ciencias Exactas); académico de la Real Academia de Ciencias y Artes, por elección y por vocación; autor de innumerables libros y publicaciones; literato y lingüista exquisito; hombre de bien, con una sólida y sincera formación cristiana de afirmación católica explícita. Así era este colega que nos dejó hace poco, y del que ahora hay que hacer, en la medida que nos sea posible, una semblanza para que todos aquellos que le conocimos y tratamos le recordemos y para que quede constancia para las nuevas promociones de arquitectos que, como sucede en todo colectivo, le son en parte deudoras.

On March 29 1987 the most distinguished architect and master of architects, Dr Bonaventura Bassegoda i Musté, died at the age of 90 years and 8 months. Born on June 3 1896, he was one of the most prominent of the line of Bassegoda. The son of Bonaventura Bassegoda Amigó, architect and scholar of the Royal Academies of Fine Arts and *Bones Lletres* and correspondent of that of S. Fernando of Madrid; nephew of Joaquim Bassegoda Amigó, architect, Professor and Director of the School of Architecture; brother of the architect Pere Jordi and father of the architects Bonaventura and Joan Bassegoda profession; *maestro* Bonaventura Bassegoda Musté occupies an outstanding position in Catalan architecture of this century.

Every inch an architect and scientist (at the age of 26 he was doctor *cum laude* in the Exact Sciences); a member of the Royal Academy of Arts and Sciences, by election and by vocation; the author of innumerable books and publications; an exquisite man of letters and linguist; the friend and companion who shared good-heartedness wherever he went, with a solid and genuine Catholic belief; thus was the colleague who left us a short time ago and who we are now attempting to recall as accurately as possible for those who knew him and had dealings with him and for the new generation of architects who, as happens in every kind of collectivity, are partially in debt to him.